

CAMBIO LA HISTORIA



DEVOCIONAL SEMANA SANTA

Si a Jesus Miami 2025

CONTENIDO

Prefacio

1. Getsemaní
2. Dios en el calvario
3. El Señor resucitó, ¡aleluya!

PREFACIO

En la mañana del 11 de enero del año 49 a. C., Julio César se encontraba con su ejército a orillas del río Rubicón, que señalaba el límite entre la Galia Cisalpina e Italia. Según la ley romana, si un general traspasaba ese límite con sus tropas armadas sería declarado enemigo público de la República. César estaba consciente de que cruzar el Rubicón con sus legiones sería interpretado como una declaración de guerra.

Finalmente, y después de un momento de duda, César dijo a sus soldados: **«Alea iacta est»**, frase en latín que significa «la suerte está echada». El paso del Rubicón provocó una guerra civil que duraría cuatro años y marcaría el final de la República romana para dar paso al imperio. Cuando César entró en Roma, se hizo declarar cónsul y dictador perpetuo. Con el paso del tiempo, **«cruzar el Rubicón»** vino a significar el hecho de tomar una decisión irrevocable de serias consecuencias.

Nos encontramos con el cruce del Rubicón en la vida de Jesús al llegar al capítulo 11 del Evangelio de Marcos. Por más de tres años, el Señor había estado enseñando la Palabra y haciendo milagros en Israel, pero ahora se encontraba en el principio del fin de Su ministerio terrenal. Su entrada a Jerusalén el llamado domingo de ramos habría de provocar una reacción en cadena —planeada desde la eternidad por el Dios soberano— que culminaría con Su muerte en la cruz del calvario, durante la fiesta de la Pascua. De modo que, a diferencia de Cesar, el Señor no entró en Jerusalén como un dictador dispuesto a aplastar toda resistencia, sino como un Rey que asume la posición de un siervo para dar Su vida en rescate por muchos. No llegó a Jerusalén rodeado de ejércitos armados, sino montado en un pollino, acompañado de Sus discípulos y de una multitud que le aclamaba sin tener un entendimiento claro de la naturaleza de Su reino.

César entró en Roma para gobernar el Imperio con mano de hierro; Cristo entró en Jerusalén para ser entregado a un procurador romano por los líderes religiosos de Su nación y ser condenado a muerte, durante una fiesta judía en la que miles de corderos eran sacrificados conforme a la ley mosaica. Todos esos corderos inmolados señalaban a ese gran sacrificio que habría de ocurrir ese próximo viernes, cuando el Señor Jesucristo fuera llevado a la cruz como el verdadero cordero pascual que quita el pecado del mundo.

Esa cruz en la que murió nuestro Señor es el punto focal de toda la historia humana. La línea divisoria entre los que se salvan y los que se pierden; entre el cielo y el infierno. Por eso los evangelistas dedican tanto espacio a los eventos que ocurrieron en esa última semana. Mateo dedica un cuarto de su Evangelio a esa pequeña porción del ministerio terrenal de Jesús. Marcos le dedica un tercio; Lucas un quinto, y Juan la mitad de su Evangelio. Así de importante son estos últimos días. Si sumamos el contenido de los cuatro evangelios, hacen un total de ochenta y nueve capítulos, treinta de los cuales se enfocan en estos siete días. En otras palabras, más de un tercio de los cuatro evangelios está dedicado a narrar con lujo de detalle lo que sucedió durante la semana de la pasión.

En este libro, me propongo observar contigo tres de las escenas que nos ayudarán a entender la importancia y el significado de esa muerte, acompañada del evento más glorioso de la historia redentora: **la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.** Es mi anhelo y oración que el Señor use estas breves meditaciones para llevar a muchos a decir como Pablo, que «el amor de Cristo nos apremia, habiendo llegado a esta conclusión: que Uno murió por todos, y por consiguiente, todos murieron. Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co 5:14-15).

CAPÍTULO 1

GETSEMANÍ

Llegaron a un lugar que se llama Getsemaní, y Jesús dijo a Sus discípulos: «Siéntense aquí hasta que Yo haya orado». Tomó con Él a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a afligirse y a angustiarse mucho. «Mi alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte», les dijo; «quédense aquí y velen». Adelantándose un poco, se postró en tierra y oraba que si fuera posible, pasara de Él aquella hora. Y decía: «¡Abba, Padre! Para Ti todas las cosas son posibles; aparta de Mí esta copa, pero no sea lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieras». Entonces Jesús vino y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar ni por una hora? Velen y oren para que no entren en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil». Él se fue otra vez y oró, diciendo las mismas palabras. Y vino Jesús de nuevo y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban muy cargados de sueño; y no sabían qué responder. Vino por tercera vez, y les dijo: «¿Todavía están durmiendo y descansando? Basta ya; ha llegado la hora; miren, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levántense, vámonos; ya está cerca el que me entregue» (Marcos 14:32-42).

Charles Spurgeon decía que al acercarnos a este pasaje estamos entrando en el Lugar Santísimo de la vida terrenal de nuestro Señor. Este es un misterio similar al que vio Moisés cuando la zarza ardía en fuego, y no se consumía. Ningún hombre puede exponer correctamente un pasaje como este; se trata de un tema más apropiado para ser meditado en oración y con un corazón quebrantado, que para ser expresado en lenguaje humano. En un tono similar, J. C. Ryle dice que «La historia de la angustia de nuestro Señor en el huerto de Getsemaní... Contiene cosas que los teólogos más sabios no pueden explicar completamente». Sin embargo, el Espíritu Santo guio a tres de los evangelistas a que incluyeran este relato en sus biografías teológicas del Señor Jesucristo, porque hay varias cosas aquí que necesitamos conocer y atesorar, aunque no podamos entenderlas del todo. Así que no te pediré que te quites el calzado mientras lees este capítulo, pero quiero que entiendas de entrada que estaremos pisando un terreno santo. A través de este pasaje,

Dios descorre un poco el velo para que podamos vislumbrar lo que sucedía en el alma humana de Jesús unas horas antes de Su muerte en la cruz del calvario.

Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente Dios, pero es al mismo tiempo verdaderamente Hombre, sin que ninguna de las dos naturalezas afecte a la otra en ningún sentido. Su humanidad no disminuyó en nada Sus atributos divinos, así como Su naturaleza divina no potenció ninguna de Sus capacidades humanas. En palabras sencillas, Jesús es tan divino como Dios el Padre, y tan humano como tú y como yo, excepto por el hecho de que Él es sin pecado. Aquí lo vemos, entonces, como el Dios encarnado enfrentándose a la expectativa de un horror inimaginable. Dios quiso que escucháramos el clamor de Su Hijo en esas horas previas a la crucifixión —que compartiera con nosotros ese momento de intimidación— porque hay algunas verdades sobre Cristo y sobre Su obra de redención que tú y yo necesitamos conocer. Pero antes permíteme poner este texto en su contexto. Jesús y los discípulos habían celebrado juntos la cena pascual en el aposento alto, donde quedó instituida la ordenanza de la Cena del Señor, y luego partieron hacia el huerto de Getsemaní. Este era probablemente un huerto privado que alguien puso a disposición de Jesús durante Su ministerio. Es posible que Él usara este lugar para apartarse del bullicio de la ciudad y tener un tiempo a solas con Dios en oración o un tiempo de instrucción especial con los discípulos.

No sabemos quién era el dueño de este huerto, como tampoco sabemos quién era el dueño del burro que Jesús usó para Su entrada triunfal en Jerusalén el domingo de ramos o el dueño del aposento alto en el que celebró la Pascua con Sus discípulos. Muchas personas desconocidas han servido a Cristo a lo largo de los siglos, pero todos ellos serán recordados en aquel día en que cada uno recibirá su recompensa, no por su fama, sino por lo que hicieron para Él aunque nunca nadie se haya enterado de eso. Al llegar a Getsemaní, el Señor ordenó a Sus discípulos que se quedaran en cierto lugar, probablemente cerca de la entrada, mientras Él se internaba más profundamente en el huerto con Pedro, Juan y Jacobo (vv. 32-33). Él fue con ellos no porque necesitara compañía, sino porque ellos necesitaban aprender una lección como líderes del grupo apostólico, como veremos en un momento. Por otra parte, no deja de llamar nuestra atención que el Señor

haya escogido precisamente este lugar para derramar Su corazón en oración delante de Dios, porque la palabra «**Getsemaní**» significa «**prensa de aceite**». Allí se cultivaban y trituraban las aceitunas para licuarlas. En ese lugar también sería triturada el alma humana de nuestro Señor ante la perspectiva de lo que ocurriría unas horas más tarde. Esto nos lleva de la mano a la primera escena que encontramos en este pasaje.

Una agonía desgarradora

El Señor «Tomó con Él a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a afligirse y a angustiarse mucho» (v. 33). Una traducción más literal sería: *«comenzó a llenarse de horror y de angustia».* Estas palabras transmiten la idea de ese terror repentino que nos abruma ante la contemplación de algo terriblemente espantoso y doloroso. La cena pascual había concluido, pero ahora Jesús tenía que experimentar en carne propia aquello que la Pascua simbolizaba. Cristo les dice a estos tres discípulos que Su **«alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte»**. La palabra griega que Marcos usa aquí es **perilupos**, que significa *abrumado o rodeado de tristeza*. Era tal la angustia del Señor, que Su vida física estaba en peligro; esa es la idea que Jesús parece expresar a Sus discípulos: *«La tristeza me embarga de tal manera que estoy a punto de morir».* Cristo pudo haber muerto en Getsemaní de no haber sido por la intervención de Dios. El pasaje paralelo en el Evangelio de Lucas dice que Dios envió a un ángel para fortalecerlo (Lc 22:43); no para consolarlo o aliviar Su sufrimiento, sino para fortalecer Su cuerpo de modo que pudiera proseguir Su camino hacia una angustia mayor. De hecho, Lucas nos cuenta que el Señor *«estando en agonía, oraba con mucho fervor; y Su sudor se volvió como gruesas gotas de sangre, que caían sobre la tierra» (v. 44).* Eso se conoce médicamente como **hematidrosis**, *cuando la tensión alcanza un nivel tan alto que los vasos capilares se revientan y la sangre se mezcla con el sudor.*

¿Qué fue lo que llenó de terror el alma de nuestro Señor al llegar al huerto de Getsemaní? A través de la historia encontramos a muchos hombres y mujeres que se enfrentaron a la muerte con coraje y quietud extraordinarios, incluyendo muchos mártires cristianos. *¿Cómo explicar que muchos seguidores de Jesús parecen haber enfrentado la muerte con más entereza o con una mejor actitud que la Suya? ¿Acaso eran más valientes que nuestro*

Él? ¡Por supuesto que no! En realidad, Cristo se enfrentó esa noche con algo que ninguno de los Suyos ha enfrentado ni tendrá que enfrentar jamás. Es algo que era completamente desconocido para Él mismo, como vemos en el contenido de Su oración, lo que nos lleva a nuestro segundo encabezado.

Una petición suplicante

Jesús «se postró en tierra y oraba que si fuera posible, pasara de Él aquella hora. Y decía: “¡Abba, Padre! Para Ti todas las cosas son posibles; aparta de Mí esta copa, pero no sea lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieras”» (Mr 14:35-36). No sabemos por cuánto tiempo Jesús estuvo derramando Su corazón delante de Dios en oración, pues más adelante le reprocha a Pedro no haber podido velar con Él ni por una hora (v. 37). Pero esta fue la esencia de Su petición: que de ser posible no tuviera que pasar por la experiencia de tomarse el contenido de la copa que tenía por delante. En el Antiguo Testamento, la copa era una metáfora de la ira de Dios sobre el pecado de la humanidad. En el Salmo 75 leemos que hay un cáliz en la mano del Señor, de la cual han de beber todos los impíos de la tierra (v. 8). Isaías se refiere a esa copa como el cáliz de Su furor (Is 51:22). Jeremías habla de ella como la copa del vino de Su furor (Jer 25:15).

Por lo tanto, no fue la expectativa del sufrimiento físico de la cruz lo que llenó de espanto el alma humana de Jesús. En cambio, fue saber que en pocas horas tendría que cargar con el peso de la ira santa de Dios que los Suyos habían acumulado a través de todos los siglos. El Santo de Israel, que nunca experimentó en Sí mismo la amargura del pecado, el sentimiento de culpa y la vergüenza por transgredir la ley moral de Dios; por primera vez en Su vida iba a experimentar el abandono de Su Padre. Iba a experimentar la ruptura de Su comunión con Él, al hacerse ofrenda por el pecado y maldición por causa nuestra (**2 Co 5:21**). Cada crimen, cada blasfemia, cada desobediencia, cada motivación o pensamiento pecaminoso de todos aquellos que Él vino a salvar serían descargados sobre Él en la cruz del calvario. Cristo iba a sufrir literalmente miles de infiernos concentrados en esa cruz, el infierno que todos nosotros merecemos, sufridos en un instante. Cuando Cristo llegó a Getsemaní, se sintió abrumado ante la realidad de que pronto sería triturado por una ira sin misericordia para hacer posible que hoy los creyentes pudiéramos disfrutar de una misericordia sin ira.

Pero ¿acaso no sabía Jesús que esa hora llegaría tarde o temprano? Por supuesto que sí. Pero no es lo mismo tener un conocimiento teórico de algo que sucederá en el futuro, que verse de repente en el umbral de esa experiencia. Guardando la distancia, es como el caso de las mujeres y el parto. Toda embarazada sabe que el momento de dar a luz llegará a los nueve meses. Pero no es lo mismo tener ese conocimiento al inicio del embarazo que comenzar a experimentar las contracciones. Como dice Jonathan Edwards: En el huerto de Getsemaní, Jesús tuvo una visión cercana del horno de ira en el que iba a ser lanzado; estuvo ante la puerta para que pudiera verlo, para que pudiese observar la fuerza de las llamas y la intensidad del calor, para que supiese a dónde iba y lo que iba a sufrir.

Al pensar en esto, no olvides lo que decíamos al principio de este capítulo: Jesús es tan divino como el Padre, y tan humano como tú y como yo. Por eso implora y suplica «**con gran clamor y lágrimas**» (Heb 5:7), con gemidos audibles, que pase de Él esa copa si eso fuera posible. Su alma humana rota en mil pedazos busca alguna otra alternativa para cumplir la misión que se le encomendó, sin tener que tomar esa copa. Aunque muchos pueden sorprenderse al leer a Jesús pidiendo algo así, no deberíamos esperar otra cosa de Alguien tan puro como Él. Como bien señala John MacArthur: La súplica de Jesús no fue una señal de debilidad, sino la respuesta totalmente esperada de aquel cuyo carácter puro y sin pecado retrocedió necesaria y rigurosamente ante la idea de llevar el pecado y la culpa de la humanidad, y de padecer el juicio... de Dios. Si no hubiera reaccionado de ese modo habrían surgido dudas de su santidad absoluta.

«¡Abba Padre!», exclamó Jesús —este es un término de mucha intimidad y afecto— «Para ti todas las cosas son posibles; aparta de Mí esta copa» (Mr 14:36). Sí, teóricamente todas las cosas son posibles para Dios, pero lo que Jesús está pidiendo como hombre no era posible. Para que Dios pudiera mostrarnos Su misericordia sin pasar por alto Su justicia, el Hijo de Dios tenía que sufrir el castigo que merecemos por nuestros pecados. No había otra manera. Si Cristo no hubiera tomado esa copa de ira hasta la última gota, el cielo se habría quedado vacío y el infierno repleto. No habría salvación para nadie, porque todos habríamos tenido que enfrentar el justo castigo de Dios por cada uno de nuestros pecados. Por eso debemos estar eternamente

agradecidos por el final de esta oración: «Pero no sea lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieras» (v. 36). En el Getsemaní, la voluntad humana de Jesús quedó perfectamente alineada con la voluntad de Dios. Ese fue el resultado de Su oración.

Bajo ninguna circunstancia Cristo abortaría la misión que le fue encomendada. **¿Sabes por qué?** Por el amor que tenía por Su Padre y por todos aquellos que Él vino a salvar. Su deseo inmediato, como ser humano, tenía que ser supeditado al deseo superior de hacer la voluntad de Dios por amor a nosotros. Por horrible que fuera el sufrimiento, ningún obstáculo era lo bastante grande para Jesús como para impedirle continuar en el camino de la obediencia. «Que no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú, porque eres el Dios de mi confianza a pesar de cómo me siento en este momento». **¿Fue respondida la oración de Jesús esa noche?** El autor de la carta a los Hebreos nos dice que sí, pero no como habríamos esperado: Cristo, en los días de Su carne, habiendo ofrecido oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, fue oído a causa de Su temor reverente. Aunque era Hijo, aprendió obediencia por lo que padeció; y habiendo sido hecho perfecto, vino a ser fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen, siendo constituido por Dios como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (5:7-10). Hay demasiadas cosas aquí que no podemos explicar en tan poco espacio, pero lo que el autor de esta carta trata de hacernos ver es que Jesús es un Sumo Sacerdote inmensamente superior al de los judíos en el Antiguo Testamento, porque Él puede compadecerse de nosotros en nuestras debilidades. Para probar su punto, nos lleva a ver a Jesús postrado en debilidad en el huerto de Getsemaní, trayendo Su causa delante de Aquel que podía librarlo de la muerte. Esta pequeña preposición que se usa aquí, debe ser traducida más bien como **«desde»** la muerte (ek thanatou). Cristo no fue librado de morir, pero sí fue librado del poder de la muerte en Su resurrección.

El Señor Jesucristo tuvo que tomar la copa de la ira de Dios y experimentar el infierno en nuestro lugar, pero la muerte no pudo retenerlo a causa de Su perfecta santidad. Él había orado que no se hiciera Su voluntad, sino la del Padre, y la voluntad del Padre era salvar a Sus elegidos por medio de la muerte de Su Hijo. Así que Su oración fue oída porque se hizo la voluntad de

Dios, tal como Jesús pidió. Es por esa sumisión de Jesús a la voluntad del Padre que no solo tenemos a un Salvador, sino también a un Sumo Sacerdote que puede compadecerse de nosotros, incluso en aquellos momentos cuando nos encontramos en mayor debilidad. Aunque Jesús era Hijo, *«aprendió obediencia por lo que padeció»; no en el sentido de que pasó de la desobediencia a la obediencia, sino en el sentido de haber llevado la obediencia a un nivel desconocido para Él hasta ese momento,* al punto de hacerse **«obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2:8).** *«Y habiendo sido hecho perfecto», es decir, perfectamente adecuado para ejercer el oficio de Salvador y Sumo Sacerdote, «vino a ser fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen» (Heb 5:9-10).*

Aquí hay una gran lección para nosotros: La voluntad de Dios es perfecta, la nuestra no lo es. De manera que al venir delante de Dios en oración, no lo hacemos para torcer Su voluntad, sino para alinear la nuestra con la Suya. Nuestro Señor derramó Su corazón en la presencia de Dios, y Su oración fue contestada al darle Dios la fortaleza necesaria para continuar en el camino de la obediencia, por más doloroso que fuera, y al haberle levantado de los muertos al tercer día para no ver muerte nunca más. Pero este relato no termina ahí. En medio de Su agonía, el Señor estaba preocupado por Sus discípulos. Eso nos lleva a nuestro tercer y último encabezado.

Una exhortación afectuosa y amante

En Su hora de mayor angustia, Jesús está preocupado por la condición espiritual de Sus discípulos. A tal punto que detiene Su tiempo de oración y comunión con el Padre para advertirles que no bajaran la guardia. Tres veces vemos el mismo patrón *(vv. 37, 40-41).* Cristo les había predicho que todos ellos serían probados severamente esa noche y que iban a tambalear en su fe *(vv. 27-31).* Incluso les hizo saber que el diablo los había pedido para zarandearlos como a trigo *(Lc 22:31-34).* Pero en vez de permanecer en vela y orando, los discípulos se quedaron dormidos. Puedo imaginar a algunas personas pensando: *«Bueno, era tarde en la noche y ellos estaban agotados. Después de todo, había sido un día muy ajetreado con la preparación de la Pascua y la carga emocional que significaba saber que en medio de ellos había un traidor. ¿No deberíamos ser más comprensivos con ellos dadas las circunstancias?».* Sin embargo, nunca ha habido nadie, ni lo habrá, más

comprensivo que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, y Él entendía que ese no era el momento de echarse a dormir. Esto no es un asunto de cansancio, sino de perspectiva. Una madre con un hijo muy enfermo hace lo imposible por permanecer despierta para cuidar de él en el campo de batalla rodeado de enemigos. Durante la noche antes de la crucifixión, de manera particular los discípulos tenían todas las razones del mundo para permanecer en vela y en oración. ¿Sabes por qué los discípulos no permanecieron en vela? El texto paralelo en el Evangelio de Lucas nos da la respuesta: cuando Jesús se levantó de orar, «fue a los discípulos y los halló durmiendo a causa de la tristeza» (22:45). En otras palabras, las cosas no estaban saliendo como ellos querían. En vez de avanzar hacia un trono, era evidente que Jesús se encaminaba hacia la cruz. Ya sabían que en medio de ellos había un traidor y ahora, para colmo de males, el Señor acaba de anunciarles que todos ellos lo iban a abandonar. Ese no era el final de la historia que ellos tenían en mente cuando comenzaron a seguir a Jesús.

Los discípulos estaban entristecidos y parece que en ese momento pensaron que era una buena idea quedarse dormidos y olvidarse de todo. Cuando estamos dormidos dejamos de pensar en nuestros problemas. Las preocupaciones parecen desaparecer como por arte de magia. Pero lo cierto es que los problemas siguen ahí. Lo que los discípulos necesitaban esa noche no era tratar de escapar quedándose dormidos, sino recordar que estaban en medio de un gran peligro y mantenerse velando en oración, pues ese es el medio de gracia que Dios nos ha provisto para pelear nuestras batallas. Los buenos deseos no son suficientes en nuestra lucha contra el pecado. ¿Recuerdas la respuesta de Pedro cuando Cristo les dijo que todos ellos lo iban a abandonar esa noche? «Aunque todos se aparten, yo, sin embargo, no lo haré... Aunque tenga que morir junto a Ti, no te negaré» (vv. 29-31). Pedro tenía un buen deseo y fue sincero cuando dijo todo eso. Pero lee ahora las palabras de Jesús para él en el Getsemaní: «Velen y oren para que no entren en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (v. 38). La buena disposición está ahí para seguir a nuestro Señor y hacer Su voluntad, pero no podemos hacerlo en nuestras propias fuerzas. Necesitamos depender constantemente del Espíritu de Dios para pelear nuestras batallas porque nuestra carne es débil, y esa dependencia se manifiesta en nuestra vida a través de la oración. Piensa en esto: Pedro, Juan y Jacobo vieron a Jesús

caer a tierra esa noche y con gran clamor y lágrimas depositar Su carga en la presencia de Dios con un espíritu de súplica y total dependencia (v. 35). Pero en vez de imitar a su Maestro, deciden olvidarse del peligro y retirarse a dormir. El que no podía pecar, está clamando en oración. Los que estaban a punto de ser zarandeados por el diablo esa noche, están durmiendo.

Cristo intercedió por ellos esa noche y más particularmente por Pedro (Lc 22:32), pero eso no eliminó la necesidad que ellos tenían de velar y orar. Lo mismo podemos decir de nosotros. Nuestro Señor es «poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive perpetuamente para interceder por ellos» (Heb 7:25). Cristo intercede por nosotros constantemente ante el Padre, para que ninguno de nosotros se quede permanentemente postrado en el campo de batalla. Pero de ninguna manera debemos dejar de velar y orar si queremos mantenernos firmes en esta batalla de la fe. Tú y yo sabemos que la voluntad de Dios es infinitamente mejor que la nuestra, pero ¡qué difícil es para todos nosotros transitar por el camino de la obediencia cuando el otro sendero parece más fácil y placentero! Vela y ora para que no entres en tentación. Pídele a Dios que te libre de salirte con la tuya, que te libre de hacer tu propia voluntad en vez de la Suya, por más dolorosa que parezca. Nunca encontrarás un mejor camino para ti que Aquel por el que Dios te está guiando por medio de Su Palabra.

Por último, si estás leyendo este capítulo pero no tienes a Cristo, déjame compartir contigo una última historia antes de concluir. Hace unos años se publicó en la revista National Geographic que, después de un incendio en el Parque Nacional de Yellowstone, algunos guardas forestales subieron a una montaña para inspeccionar los daños. Uno de los guardas encontró a un pájaro que estaba carbonizado y petrificado, cubierto por las cenizas, acurrucado a los pies de un árbol. Desolado ante aquella imagen espeluznante, el guarda golpeó el pájaro con un palo y tres pajaritos diminutos salieron corriendo de debajo de las alas de su madre muerta. Cuando el fuego llegó, la madre se mantuvo firme en lugar de huir... y los que estaban bajo sus alas sobrevivieron.

Esta analogía no necesita mucha explicación. Ante la perspectiva horrorosa de tener que ser fulminado por la ira de Dios por causa de nuestros pecados, el Señor Jesucristo se mantuvo firme en el camino de la obediencia,

proveyendo al pecador el Único refugio seguro para el día del juicio. De haber sido posible para Dios perdonar nuestros pecados sin la muerte de Cristo en la cruz, puedes estar seguro de que Él no habría permitido que Su Hijo amado pasara por esa experiencia tan abrumadoramente dolorosa. Pero no era posible. Jesucristo debía beber esa copa de ira hasta la última gota para que el Dios de toda justicia pudiera recibirnos en Su presencia. Ese Dios es el que ahora te invita a responder en arrepentimiento y fe al mensaje del evangelio, entregándote por entero a Jesucristo para vivir únicamente para Él.

Existe un solo camino al Padre y no es una religión ni una filosofía, sino una persona: una persona que, siendo Dios, se hizo Hombre para pagar nuestra deuda con la justicia divina, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda más tenga vida eterna (Jn 3:16).

CAPÍTULO 2

DIOS EN EL CALVARIO

Cuando llegó la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena Jesús exclamó con fuerte voz: «ELOI, ELOI, ¿LEMA SABACTANI?», que traducido significa, «DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?». Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: «Miren, está llamando a Elías». Entonces uno corrió y empapó una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, dio a Jesús a beber, diciendo: «Dejen, veamos si Elías lo viene a bajar». Pero Jesús, dando un fuerte grito, expiró. Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Viendo el centurión que estaba frente a Él, la manera en que expiró, dijo: «En verdad este hombre era Hijo de Dios». Había también unas mujeres mirando de lejos, entre las que estaban María Magdalena, María, la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, las cuales cuando Jesús estaba en Galilea, lo seguían y le servían; y había muchas otras que habían subido con Él a Jerusalén (Marcos 15:33-41).

Luego de la agonía en Getsemaní, Jesús tuvo que soportar no solo la farsa de un juicio injusto, sino una avalancha de odio y crueldad volcada en Su contra, tanto de parte de los líderes religiosos de Israel, como de parte de los soldados romanos. Fue ridiculizado, azotado, escupido, coronado de espinas, golpeado sin misericordia con una caña en la cabeza y finalmente condenado a morir en una cruz. Esto a pesar de que el procurador que lo juzgó reiteró en más de una ocasión que no encontró ningún delito en Él. La pregunta que algunos pudieran hacerse al leer esto es: ¿Por qué Dios no vino a Su defensa cuando todo esto sucedió? ¿Por qué Dios no destruyó en un instante a todos esos blasfemos que se ensañaron con tanta crueldad contra Su Hijo? ¿Dónde estaba Dios? La respuesta es que Dios estuvo todo el tiempo allí junto a Jesús en el calvario, pero no para defenderlo, ni para fulminar a los blasfemos, sino para juzgar en Él nuestros pecados. Debemos contemplar la cruz a través de las palabras de Pablo en 2 Corintios: «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo» (v. 19). El Padre estaba allí, obrando activamente nuestra reconciliación a través de la muerte de Su Hijo, como vemos en el pasaje citado arriba y que vamos a considerar a continuación bajo seis encabezados.

1. La oscuridad sobrenatural que cubrió la tierra

Jesús fue crucificado a la hora tercera (v. 25), es decir, a las nueve de la mañana según la forma en que los judíos contaban las horas. Fue alrededor de las doce del mediodía, cuando el sol está en su punto más alto, que «hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena» (v. 33). Esto no fue un eclipse solar, porque en el tiempo de la Pascua había luna llena y este tipo de eclipses solo se producen cuando hay luna nueva (además, ningún eclipse natural dura tres horas). Esta fue una oscuridad sobrenatural. Fue causada por Dios para mostrarnos a través de un fenómeno visible lo que sucedía a nivel espiritual cuando nuestro Señor Jesucristo daba Su vida en la cruz. ¿Qué es lo que Dios quería mostrar a través de estas tinieblas?

En las Escrituras, la oscuridad muchas veces se asocia con el juicio de Dios contra el pecado. Jesús se refiere al infierno como «las tinieblas de afuera» (Mt 8:12). Hay muchos textos de la Biblia donde vemos esa conexión entre la oscuridad y el justo juicio de Dios por causa del pecado. Hablando del día del Señor, que es un día de juicio y castigo para el mundo incrédulo, el profeta Amós dice: «¡Ay de los que ansían el día del SEÑOR! ¿De qué les servirá el día del SEÑOR?... ¿No será tinieblas el día del SEÑOR, y no luz, oscuridad, y no resplandor?» (Am 5:18-20). Sofonías también declara: «Cercano está el gran día del SEÑOR, cercano y muy próximo... Día de ira aquel día, día de congoja y de angustia, día de destrucción y desolación, día de tinieblas y densas sombras, día nublado y de densa oscuridad» (Sof 1:14-15). Tal vez la conexión más significativa en las Escrituras, con estas tinieblas que arrojaron la tierra durante la crucifixión, es la que encontramos en el éxodo, cuando Dios juzgó al faraón y a todo Egipto por medio de diez plagas. Antes de la muerte de los primogénitos, Dios envió una densa oscuridad sobre toda la tierra de Egipto que duró tres días (Ex 10:21). Es justo después de ese tiempo de oscuridad que Dios estableció la fiesta de la Pascua, en la que los judíos debían sacrificar un cordero «entre las dos tardes» (Ex 12:6, traducción literal), es decir, alrededor de las tres de la tarde. Ese cordero era el sustituto a través del cual era preservada la vida de los primogénitos que habrían de morir esa noche.

Así que el tiempo de tres horas de oscuridad en el calvario está relacionado íntimamente con las tinieblas que cubrieron la tierra de Egipto por tres días, en ese momento en que el verdadero Cordero Pascual fue inmolado y

sacrificado en el altar de la cruz. De hecho, Marcos nos dice más adelante que nuestro Señor Jesucristo expiró a la hora novena, es decir, alrededor de las tres de la tarde, a la misma hora en que era sacrificado el cordero de la Pascua. Dios cubrió la tierra con este manto de oscuridad para mostrarnos en una forma física lo que ocurría a nivel espiritual en esa cruz. Cristo estaba allí como nuestro sustituto, recibiendo todo el peso de la justa ira de Dios que merecían nuestros pecados para que pudiéramos ser absueltos en el tribunal de Dios. Es por eso que Juan el Bautista se refiere al Señor como **«el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1:29)**. Cristo fue a la cruz para ser sacrificado como un Cordero. Él fue hecho pecado por nosotros (2 Co 5:21). «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz» (1 P 2:24). Esa es la esencia del evangelio: «que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras» (1 Co 15:3).

Dios anunció esto con cientos de años de anticipación, para no dejar ninguna duda sobre la identidad mesiánica de Jesús. Considera lo que algunos han llamado el **«Evangelio según Isaías»**, en Isaías 53, escrito setecientos años antes del nacimiento de Cristo. No solo describe con detalle la agonía del calvario, sino que también nos ofrece la mejor exégesis en las Escrituras de lo que realmente sucedió en esa cruz. Él «fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades... Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, nos apartamos cada cual por su camino; pero el SEÑOR hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros» (vv. 5-6). No fue por Sus iniquidades que Jesús fue a la cruz, porque no tenía ninguna. Él era inocente, pero aún así Dios quiso «quebrantarlo, sometiéndolo a padecimiento... Por Su conocimiento, el Justo, Mi Siervo, justificará a muchos, y cargará las iniquidades de ellos» (v. 10-11). Él era un Siervo justo, pero aún así tenía que ser quebrantado y sometido a padecimientos para poder justificar a muchos cargando con sus pecados (v. 12). Eso fue lo que sucedió este viernes en la tarde, cuando la tierra se cubrió de oscuridad. El Cordero de Dios fue inmolado en el altar de la cruz; sufrió en esas tres horas el infierno eterno de todos aquellos que habrían de ser salvos a través de la historia. Cristo, nuestra pascua, fue sacrificado por nosotros (1 Co 5:7). Dios no estaba ausente del Calvario. Él estaba allí como el Juez del universo, juzgando y castigando nuestros pecados en la cruz. Al mismo tiempo, daba una muestra de amor incomprensible hacia la humanidad para salvación desde antes de

la fundación del mundo. Como dice John Stott: «El amor divino triunfó sobre la ira divina mediante el propio sacrificio divino. La cruz fue un acto simultáneamente de castigo y amnistía, de severidad y gracia, de justicia y misericordia». Nuestro Señor y Salvador bebió la copa de la ira santa y justa de Dios, sin una gota de misericordia, para que los creyentes podamos disfrutar de la copa de la salvación, sin una gota de ira. Él sufrió el desamparo del Padre para que podamos disfrutar hoy la bendición de ser recibidos y adoptados en la familia de la fe.

2. El terrible abandono en la cruz

Ya son las tres de la tarde del viernes. El Señor lleva seis horas crucificado, y en las últimas tres ha venido experimentando todo el peso de la ira de Dios por nuestros pecados. Es después de esa manifestación de oscuridad, que citando en arameo las palabras del Salmo 22, el Señor exclama con fuerte voz (y las dos palabras que Marcos usa en griego aquí es de donde proviene nuestra palabra megáfono en español): «“ELOI, ELOI, ¿LEMA SABACTANI?”, que significa, “DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO”» (Mr 15:34). Esto no significa que en ese momento hubo una ruptura de la unidad esencial entre Dios el Padre y Dios el Hijo. Eso es imposible. Hay una unidad inmutable y eterna entre las tres personas de la Trinidad que de ninguna manera puede ser quebrantada. Tampoco sucedió que el Padre dejara de amar al Hijo en algún sentido (cp. Jn 10:17). Pero en un sentido real, Jesús fue completamente desamparado en Su naturaleza humana por Dios el Padre. Como dice John Stott: «Se trataba de Dios en nuestra naturaleza abandonado por Dios». La santidad de Dios no le permite tener comunión con el pecado, y en ese momento, colgado en esa cruz, Jesús fue hecho pecado por causa nuestra (2 Co 5:21).

Ese es el alto costo que Dios pagó por nuestra salvación. Solo Dios podía absorber el peso de Su propia ira y Él estuvo dispuesto a pagar ese precio en la persona de Su Hijo amado. Este es el tipo de pasaje que ningún predicador jamás podrá explicar de una forma ni siquiera medianamente satisfactoria, pues ese abandono que Jesús sufrió sobrepasa por mucho nuestra capacidad de entendimiento. Se dice que en una ocasión Martín Lutero pasó horas con su Biblia abierta meditando en esta frase. Al final solo pudo exclamar en total perplejidad: «¿Dios abandonado por Dios? ¿Quién puede comprender tal

misterio?». Esta es la única vez en los evangelios que vemos a Jesús dirigiéndose a Dios sin llamarlo «Padre». Él sabe el precio que tiene que pagar para salvarnos: cargar el peso de la ira divina que merecen nuestros pecados, incluyendo el desamparo de Su Padre celestial. Pero sabe también que, a pesar de todo eso, puede seguir confiando en Dios como Su Dios. Por eso clama angustiado: «**Dios mío, Dios mío**». Aunque suene paradójico, este es un grito de angustia y de confianza a la vez. El dolor que Jesús experimenta en Su naturaleza humana es abrumador. Lleva tres horas sufriendo millones de infiernos, por decirlo de alguna manera; pero en vez de quejarse con amargura, dirige a Dios este grito de angustia apropiándose de las palabras del Salmo 22. Jesús conoce este salmo y sabe que, después de describir los horrores de la crucifixión, concluye con una nota de victoria, no de derrota. Pero al mismo tiempo está exhausto. En Su naturaleza humana, quiere saber cuándo concluirá esta agonía, que es lo que se expresa al inicio del salmo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? Dios mío, de día clamo y no respondes; y de noche, pero no hay para mí reposo» (vv. 1-2).

El Señor conoce la razón de Su abandono, pero cita de memoria las palabras de este salmo para expresar Su angustia y Su petición de que Su Dios venga a socorrerlo. Sin embargo, en medio de esta escena tan sensible, se evidencia una vez más la dureza pecaminosa del corazón humano. Aprovechando la similitud entre el nombre del profeta Elías y las palabras arameas que Jesús acaba de pronunciar, Marcos nos dice que «Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: “Miren, está llamando a Elías”» (Mr 15:35). Elías no vio la muerte, sino que fue llevado al cielo en un torbellino. Así que había una tradición entre los judíos de que Elías venía a socorrer a los justos en tiempos de dificultad (aparte de que en el libro de Malaquías vemos una conexión entre la llegada del Mesías y la aparición del profeta Elías, una profecía cumplida con el ministerio de Juan el Bautista). Así que la multitud está conectando burlescamente una cosa con la otra para tener un poco más de diversión a costa de Jesús: «Entonces uno corrió y empapó una esponja en vinagre [un vino avinagrado], y poniéndola en una caña, dio a Jesús a beber, diciendo: “Dejen, veamos si Elías lo viene a bajar”» (v. 36). Es como si alguien dijera: «Démosle un poco de vino que lo reanime, a ver si Elías llega a tiempo para rescatarlo». Pero el rescate vino de otro lado.

3. La ofrenda voluntaria de expiación

Ya el Señor había cumplido la obra que el Padre le encomendó al dar Su vida en rescate por muchos. Así que «Jesús, dando un fuerte grito, expiró» (v. 37). Marcos no dice qué expresó el Señor en ese grito, pero los evangelios de Juan y Lucas nos ayudan a completar el cuadro. Juan cuenta que Jesús dijo: «¡Consumado es!» E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19:30). Lucas añade que, en ese momento, «clamando a gran voz, dijo: “Padre, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU”. Habiendo dicho esto, expiró» (Lc 23:46). Fue con la conciencia de que la obra de redención había sido terminada, que el Señor Jesucristo entregó el espíritu, confiando en el cuidado de Su Padre celestial. Cristo no solo fue a la cruz voluntariamente, sino que entregó Su vida voluntariamente cuando todo se cumplió. Jesús había dicho que Él es el buen pastor que da Su vida por sus ovejas (Jn 10:11). «Por eso el Padre me ama, porque Yo doy Mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita sino que Yo la doy de Mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla, y tengo autoridad para tomarla de nuevo. Este mandamiento recibí de Mi Padre» (v. 17-18). Por eso los evangelistas insisten en que Jesús dijo en la cruz las cosas que dijo en ese momento, clamando a gran voz. Fue así que el Señor clamó de angustia: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»**. Fue con un grito que dijo: **«¡Consumado es!»**. Y fue clamando a gran voz que dijo al final: **«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»**.

Si había algo que toda la gente de aquel tiempo sabía, era que un crucificado apenas podía susurrar debido a las dificultades respiratorias producidas por la muerte por crucifixión. Pero Jesús clamó con una voz potente, para que todos vieran que al expirar todavía tenía vigor suficiente como para seguir viviendo varias horas más. Cristo entregó Su vida en la cruz como nuestro sustituto y así abrió para nosotros una vía de acceso a la presencia misma de Dios. Eso nos lleva a nuestro cuarto encabezado.

4. Un camino nuevo y vivo hacia el santuario

En el templo de Jerusalén había una cortina muy pesada y gruesa que separaba al lugar santo del lugar santísimo, a donde solo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año, en el día de la expiación. Era una cortina tan gruesa que, según el historiador judío Flavio Josefo, ni dos caballos unidos halando

en sentido contrarios habrían podido romperla. Era de unos diez metros de altura y diez centímetros de espesor. Este velo simbolizaba la separación entre nosotros y Dios por causa de nuestros pecados. No podemos entrar en la presencia de Dios a menos que Su justicia perfecta quede plenamente satisfecha, porque Él es un Dios perfectamente santo y justo. Pero en el preciso momento en que Jesús exhaló Su último aliento de vida en la cruz, esa gruesa cortina se partió en dos de arriba hacia abajo. Esto nos muestra que fue abierta una vía de acceso a la presencia misma de Dios, no a través de los sacrificios del templo, sino a través del sacrificio de Jesús. Como alguien ha dicho, la rasgadura del velo fue el signo de exclamación de Dios a la muerte de Su Hijo. La muerte de Cristo en la cruz dejó el templo inoperante. Con un solo sacrificio, el Cordero de Dios hizo cesar de una vez por todas el sistema sacrificial y sacerdotal del antiguo pacto.

Como dice la carta a los Hebreos, los sacerdotes del Antiguo Testamento tenían que ofrecer «muchas veces los mismos sacrificios que nunca pueden quitar los pecados; pero Él, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados para siempre, se sentó a la diestra de Dios... Porque por una ofrenda Él ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados» (Heb 10:11-14). Unos versículos más adelante, mostrando las consecuencias prácticas de este hecho, sigue diciendo: Entonces, hermanos, puesto que tenemos confianza para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús, por un camino nuevo y vivo que Él inauguró para nosotros por medio del velo, es decir, Su carne, y puesto que tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, teniendo nuestro corazón purificado de mala conciencia y nuestro cuerpo lavado con agua pura (vv. 19-22). Mientras los sacerdotes en el templo sacrificaban miles de corderos para la celebración de la Pascua, ese viernes a las tres de la tarde el verdadero Cordero Pascual murió en la cruz, abriendo de par en par una avenida de salvación y reconciliación por medio de Su sangre. Y al contarnos esto, Marcos no se limita a darnos un recuento histórico de este hecho, sino que al mismo tiempo nos muestra cómo debemos reaccionar ante esto.

5. Una confesión sorprendente

«Viendo el centurión que estaba frente a Él, la manera en que expiró, dijo: “En verdad este hombre era Hijo de Dios”» (Mr 15:39). Mateo añade que este

hombre estaba impresionado por los eventos sobrenaturales rodearon la muerte de Jesús, pues en ese momento no solo las tinieblas cubrieron la tierra por tres horas, sino que también la tierra tembló «y las rocas se partieron» (Mt 27:51). Sin embargo, Marcos se enfoca en el impacto que produjo en su corazón el ser testigo presencial de la manera en que Jesús expiró. Este hombre fue profundamente impresionado por la mansedumbre mostrada por Jesús en medio de toda esa avalancha de odio que se volcó contra Él, y sobre todo por el grito de victoria con el que entregó el espíritu. Este centurión romano seguro había sido testigo de un montón de ejecuciones a lo largo de su vida, pero nunca vio a nadie morir como Jesús. Al pensar en esto, no olvidemos cómo Marcos introduce su Evangelio: «Principio del evangelio de Jesucristo el Mesías, Hijo de Dios» (Mr 1:1). Ahora es como si Marcos estuviera diciendo a los lectores: «¿Y qué de ti? ¿Vas a reaccionar con indiferencia ante la muerte de Cristo en la cruz del calvario? ¿O vas a reconocer como el centurión, que dijo que verdaderamente era el Hijo de Dios que dio Su vida de manera voluntaria para salvar a pecadores?». Pero hay una escena más en este relato y que veremos de manera breve.

6. Las testigos presenciales de la crucifixión

Marcos nos cuenta: Había también unas mujeres mirando de lejos, entre las que estaban María Magdalena, María, la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, las cuales cuando Jesús estaba en Galilea, lo seguían y le servían; y había muchas otras que habían subido con Él a Jerusalén (vv. 40-41). ¿Por qué Marcos incluye este detalle que parece irrelevante en comparación con el resto de la historia? Muy probablemente porque estas mujeres iban a ser las testigos presenciales de Su resurrección, como veremos al llegar al capítulo final del Evangelio de Marcos. Estas mujeres estuvieron con Jesús durante Su ministerio en Galilea, siguiéndole y sirviéndole. Se mantuvieron fieles a Él hasta el final, mientras que aquellos discípulos que dijeron que estaban dispuestos a morir por Él, no estaban allí. Así que este grupo de mujeres ocupa un lugar de honor en el relato, por esa fidelidad a toda prueba, aún en medio del dolor y la confusión que experimentaron al ver a Jesús crucificado. Ellas fueron testigos presenciales de Su muerte, fueron testigos de Su enterramiento, y aunque no lo sabían en ese momento, tres días más tarde serían también testigos de Su resurrección.

Conclusión

¿Qué aprendemos de todo este pasaje sobre la muerte de Jesús? Hay muchas enseñanzas que podemos derivar de este relato, pero por cuestión de espacio voy a limitarme a tres.

En primer lugar, este relato nos muestra de forma muy impactante el alcance de la justicia y la santidad de Dios. Cristo tuvo que morir en la cruz porque nuestro Dios es tres veces santo; Él es perfecto en justicia y santidad. Dios no toma el pecado a la ligera. Si quieres saber hasta qué punto aborrece al pecado, mira a Cristo sufriendo la agonía de miles de infierno en esa cruz.

En segundo lugar, este relato nos muestra también de una forma muy impactante la verdadera naturaleza del amor de Dios. Es a la luz de los padecimientos de Cristo en la cruz que podemos comenzar a comprender las palabras: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3:16). También las palabras de Pablo en su carta a los Romanos: «Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (5:8). La noche antes de la crucifixión, el mismo Jesús dijo a Sus discípulos: «Nadie tiene un amor mayor que este: que uno dé su vida por sus amigos» (Jn 15:13). No es contemplando las circunstancias que podemos alcanzar un mejor entendimiento del amor de Dios; es a través de la cruz.

En tercer lugar, podemos derivar de este relato que no nos pertenecemos a nosotros mismos, porque Cristo nos compró a precio de Su sangre en esa cruz. Como Jesús dijo: «Ustedes son Mis amigos si hacen lo que Yo les mando» (Jn 15:14). La cruz es un recordatorio permanente para los cristianos de que fuimos comprados por precio, por un alto precio. Por lo tanto, debemos glorificar a Dios en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, porque ambos le pertenecen a Él (1 Co 6:19-20).

CAPÍTULO 3

EL SEÑOR RESUCITÓ, ¡ALELUYA!

Pasado el día de reposo, María Magdalena, María, la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a unguir el cuerpo de Jesús. Muy de mañana, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro cuando el sol ya había salido. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?». Cuando levantaron los ojos, vieron que la piedra, aunque era sumamente grande, había sido removida. Entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido con ropaje blanco; y ellas se asustaron. Pero él les dijo: «No se asusten; ustedes buscan a Jesús el Nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; miren el lugar donde lo pusieron. Pero vayan, digan a Sus discípulos y a Pedro: “Él va delante de ustedes a Galilea; allí lo verán, tal como les dijo”». Y saliendo ellas, huyeron del sepulcro, porque un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas; y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo (Marcos 16:1-8).

Hace muchos años alguien me preguntó cómo podía estar seguro de que el cristianismo era la religión verdadera, cuando los mahometanos y los seguidores de muchas otras religiones piensan lo mismo de la suya. *«Esa es una buena pregunta» —le dije— «y te la responderé con una sola palabra: **resurrección**».* Tal vez debí decirle que respondería con cuatro palabras: **la resurrección de Jesús**. La resurrección de Jesús es lo que separa al cristianismo del resto de las religiones del mundo. Mahoma está muerto, Confucio está muerto, Siddhartha Gautama está muerto, Laot Zet y Zarathustra están muertos. *Pero los cristianos creemos que Jesús es el Hijo del Dios encarnado porque Él está vivo, porque Su tumba está vacía.* Sin la resurrección, no habría cristianismo; la muerte de Cristo en la cruz habría sido como cualquier otra muerte, el trágico final de una vida desperdiciada, como bien dijo alguien. *No habría esperanza ni evangelio que predicar.* Esa es la tesis de Pablo en el capítulo 15 de su primera carta a los Corintios, el gran capítulo sobre la resurrección en el Nuevo Testamento. Algunos en la iglesia de Corinto, influenciados por la filosofía griega, estaban negando la realidad de la resurrección corporal. Por eso Pablo les dice que *«si no hay resurrección*

de muertos, entonces ni siquiera Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra predicación, y vana también la fe de ustedes» (v. 13-14). No habría perdón de pecados si Cristo no resucitó (v. 16). Además, aquellos que murieron confiando en Jesús, estarían tan muertos como cualquier otro (v. 18). «Si hemos esperado en Cristo para esta vida solamente, somos, de todos los hombres, los más dignos de lástima» (v. 19).

Si la relación que tenemos con Cristo no traspasa el lindero de la muerte, si todos los beneficios de seguirlo a Él se limitan a esta vida aquí y ahora, no hay seres humanos en todo el planeta más dignos de pena que nosotros. «Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron» (v. 20). Este gran evento que sustenta nuestra fe es el que estaremos mirando de cerca en este capítulo. Pero antes de pasar a considerar nuestro pasaje bíblico, quiero que notes algo interesante en la narrativa de los evangelios sobre la resurrección de Cristo. Así como los cuatro evangelistas nos narran la muerte y sepultura del Señor el viernes en la tarde, así también los cuatro narran **Su resurrección**. Cada uno de estos relatos contienen detalles particulares que no están en los demás, por lo que debemos leer los cuatro evangelios si quisiéramos tener el cuadro completo de lo que sucedió ese domingo en la mañana.

Sin embargo, al leer en los evangelios el relato histórico de la resurrección, nos damos cuenta de que falta algo. Hay un elemento que esperaríamos que estuviera allí, pero no está. **¿Sabes cuál es?** El evento mismo de la resurrección. Ninguno de los evangelistas nos dice cómo resucitó Jesús. Nos narran con detalles lo que sucedió durante la crucifixión y aún nos dicen algunas cosas sobre cómo fue sepultado. Pero no encontramos un solo detalle, en ninguno de los evangelios, de qué sucedió en el momento mismo en que el Señor Jesucristo volvió de la muerte a la vida. Esta es una prueba más de que los apóstoles no estaban tratando de escribir un relato sensacionalista para ganar adeptos, sino relatando por inspiración divina lo que necesitamos saber de ese evento histórico que sustenta nuestra fe. Tal parece que el Espíritu Santo no quería que nos enfoquemos en el fenómeno en sí mismo, sino más bien en el hecho indiscutible de que Jesús resucitó. Es impresionante la sencillez con la que Marcos nos presenta el milagro más extraordinario de la vida de Cristo, enfocando lo que sucedió con el grupo de

mujeres que fueron muy de mañana al sepulcro para ungir el cuerpo del Señor. Lo cual nos lleva a nuestro primer encabezado.

Una devoción incondicional

Para entender mejor esta escena, hay que recordar que Marcos relata que el Señor fue crucificado el viernes alrededor de las 9:00 a. m., expirando seis horas después. Luego nos dice que fue sepultado en «la víspera del día de reposo» (Mr 15:42). No olvides que los judíos no marcaban el inicio de un nuevo día a las doce de la medianoche como hacemos nosotros, sino a la puesta del sol. Por lo que la víspera del día de reposo no puede significar otra cosa que el viernes en la tarde, entre las 3:00 p. m. y las 6:00 p. m.

El día que llamamos viernes, los judíos lo llamaban «el día de la preparación» (v. 42) porque en él se preparaban para guardar apropiadamente el sabbat, ya que la ley de Moisés prohibía trabajar en ese día. Como podemos leer en el relato de Marcos, José de Arimatea se armó de valor ese viernes en la tarde y le pidió a Pilato el cadáver de Jesús, para colocarlo apresuradamente «en un sepulcro que había sido excavado en la roca» y sobre cuya entrada hizo rodar una gran piedra (v. 46). Un detalle importante que Marcos incluye en su relato es que había un grupo de mujeres, discípulas fieles de Jesús, que le sirvieron durante Su ministerio en Galilea y que se quedaron hasta el final de la crucifixión. Algunas de ellas siguieron después a José de Arimatea para ver dónde enterraban el cuerpo. Debido a la llegada del sabbat, estas mujeres no pudieron preparar adecuadamente el cadáver de Jesús. Pero tan pronto concluyó el día de reposo, a la puesta del sol del sábado, y las tiendas y los bazares volvieron a abrir por unas pocas horas, estas mujeres salieron a comprar especies aromáticas. Entonces, en la madrugada de ese domingo fueron a ungir el cuerpo del Señor.

Esto era algo que los judíos hacían con el cadáver de un ser querido como una expresión de amor, con el único propósito de dilatar el mal olor que expedían los cuerpos cuando comenzaba el proceso de putrefacción. Así que estas mujeres querían tener la oportunidad de servir por última vez a Aquel Maestro y Señor a quien amaban con todo su corazón. Ahora, piensa en esto: Cristo ya había muerto y es evidente que estas mujeres no esperaban que Él resucitara. Ellas no se acercaron a la tumba esperando ver a Cristo levantarse de los muertos; fueron a ungir un cadáver. Pero a pesar de verlo morir en la

cruz, ellas todavía amaban a su Señor, al punto de no tener ningún reparo en identificarse con Él en un momento tan «inapropiado», humanamente hablando. Todos lo abandonaron, incluyendo Sus discípulos más cercanos; el poder civil de Roma lo condenó a muerte como un criminal y los líderes religiosos de la nación lo repudiaron como un blasfemo. Pero este grupo de mujeres seguía fiel a Jesús. Dios recompensó su fidelidad al escogerlas para ser las primeras testigos oculares de Su resurrección. Cuando ellas iban de camino a la tumba de Jesús, notaron el problema que tenían por delante: la piedra que tapaba la boca del sepulcro (Mr 16:3). Esa piedra era muy grande (v. 4); pero estas mujeres no esperaron a que apareciera un grupo de hombres dispuestos a ayudarlas. Simplemente se dispusieron a hacer lo que entendían que debían hacer, porque el amor a Cristo las movía a hacerlo.

Ellas no se fueron por el camino fácil. Ellas no pensaron: «Tal vez no es la voluntad del Señor que vayamos tan temprano al sepulcro sin tener a nadie que nos ayude a remover la piedra; aparte de que, pensándolo bien, ya no tiene ningún sentido. Ya Jesús está muerto». No. Estas mujeres amaban al Señor cuando no era emocionante hacerlo, cuando era incluso peligroso. Es fácil ir a la iglesia y cerrar nuestros ojos mientras cantamos en un lugar cómodo con aire acondicionado. Pero el verdadero amor por Cristo es aquel que nos mueve a salir de nuestra zona de seguridad y confort para servirle. Al considerar un pasaje como este debo examinarme con honestidad y preguntarme por qué hago lo que hago. ¿Es solo porque es mi deber hacerlo, o lo hago movido por un amor sincero, aunque imperfecto, por mi Señor y Salvador? Déjame hacerte algunas preguntas: ¿Por qué haces lo que haces como creyente? ¿Qué te mueve a servir en cualquier ministerio en tu iglesia local? ¿Qué te mueve a reunirte con otro creyente para discipularlo o a visitar a un hermano en el hospital? ¿Qué te impulsa a hacer lo que haces cada día, en medio de tu familia o en tu vida laboral, en el uso de los medios de la gracia o al enfrentar las tentaciones que te asaltan cada día? ¿Es por amor a Él? Sabemos que este asunto es una lucha porque el pecado todavía mora en nosotros. Pero ¿estás luchando en oración para que el amor a Cristo predomine en tu corazón y sea el que te mueva en todo lo que haces? Estas mujeres hicieron lo que hicieron pensando que Jesús estaba muerto. ¿Qué podemos decir con respecto a nosotros que sabemos con toda certeza que Él

resucitó? Debemos pedir a Dios en oración que nos conceda crecer cada vez más en un amor sincero y apasionado por nuestro Señor y Salvador Jesucristo, un amor que nos impulse a salir de nuestra zona de seguridad y confort para gastar nuestras vidas para Él. Como vimos, estas mujeres salieron hacia el sepulcro y en el camino se dan cuenta de que tienen un problema que resolver: el sepulcro está cerrado con una gran piedra. Esto nos lleva a nuestro segundo encabezado.

Una tumba abierta y vacía

Siempre debemos notar los pequeños detalles que encontramos en el Evangelio de Marcos y que no se encuentran en los otros evangelios. Marcos nos dice que, al llegar al sepulcro, estas mujeres «**levantaron los ojos**» (v. 4). Debemos suponer que, por lo accidentado del terreno, y porque aún estaba oscuro cuando salieron de la casa, estas mujeres iban avanzando con sus ojos puestos en el camino, seguramente para no tropezar. Pero al llegar a la tumba, levantan sus ojos y miran que la piedra que tapaba el sepulcro había sido removida, aunque era sumamente grande (v. 4). Ahora, recuerda que por el Evangelio de Mateo sabemos que los miembros del sanedrín le pidieron a Pilato que asegurara la entrada del sepulcro para que los discípulos no se robaran el cuerpo y luego dijeran que resucitó. Ellos recordaban que Jesús predijo Su propia resurrección y no querían dejar cabos sueltos. Pilato les permite poner a un grupo de soldados a la entrada y además manda a sellar la piedra; es decir, colocar el sello imperial de Roma sobre una sogá o un pedazo de cera. Romper ese sello era un crimen de alta traición contra el Imperio romano.

Pero cuando las mujeres llegaron a la tumba, no había soldados allí. Todos habían huido espantados y la piedra estaba removida. Así que ellas deciden entrar al sepulcro y, en vez de encontrarse con el cadáver de Jesús, se topan con «un joven [por los otros evangelios sabemos es un ángel] sentado al lado derecho, vestido con ropaje blanco» (v. 5). Algo sucedió en las primeras horas del domingo (que inició con la caída de sol de nuestro sábado) que llenó de espanto a los soldados que custodiaban la tumba. Mateo nos cuenta que «se produjo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendiendo del cielo, y acercándose, removió la piedra» (Mt 28:2). Muy probablemente este fue el ángel que las mujeres encontraron dentro de la tumba unas horas más tarde.

Como es natural, «**ellas se asustaron**» (Mr 16:5), o se alarmaron, como dicen otras versiones (en griego es la misma palabra que describe la angustia del Señor en Getsemaní). No tenían la menor idea de lo que sucedía y estaban llenas de angustia. Lucas nos dice en el pasaje paralelo que estaban perplejas (Lc 24:4). Ellas no fueron al sepulcro esperando ser testigos presenciales de la resurrección de Cristo. De hecho, también sabemos por el Evangelio de Juan que María Magdalena llegó a pensar por un momento que habían trasladado el cadáver de Jesús para ponerlo en otro lugar (Jn 20:13).

Estas mujeres necesitaban que alguien les hiciera una «**exégesis**» (Estudio Profundo) de esta tumba vacía para entender lo que en realidad sucedió. Eso es lo que el ángel hace a continuación. Pero antes, permíteme hacer una pregunta que a primera vista puede parecer obvia. ¿Por qué fue necesario remover esa piedra? Dios envió un ángel del cielo para hacer eso, y la pregunta es por qué. ¿Necesitaba Jesús que alguien removiera la piedra para que Él pudiera salir de la tumba? ¡Por supuesto que no! Considera lo que sucedió esa misma noche en el aposento alto. Los discípulos estaban reunidos con todas las puertas cerradas por temor a los judíos, y Jesús vino de repente y se puso en medio de ellos (Jn 20:19). ¿Por dónde entró al lugar? No lo sabemos, pero es probable que el cuerpo resucitado de Jesús tuviera propiedades extraordinarias que le permitieran traspasar las puertas cerradas. El punto es que el Señor pudo haber salido de la tumba de otro modo. Como bien señala Steve Lawson al exponer sobre este pasaje, esa piedra no fue removida para que Jesús pudiera salir, sino para que el mundo pudiera entrar y comprobar que estaba vacía. Esa tumba vacía ha sido por casi dos mil años un testigo irrefutable de la veracidad del evangelio.

Recordemos que los miembros del sanedrín hicieron todo lo que estuvo a su alcance para evitar una «**resurrección fraudulenta**» porque ellos sí entendieron las implicaciones de lo que Jesús predijo desde el inicio de Su ministerio: «**Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré**» (Jn 2:19). Una y otra vez, Cristo dijo a Sus discípulos: «Los líderes religiosos de esta nación me condenarán a muerte, me entregarán a los gentiles para ser ejecutado, pero voy a resucitar al tercer día». El problema que han enfrentado los escépticos a través de la historia es que nunca han podido dar una explicación satisfactoria de cómo fue removida esa piedra y cómo

desapareció el cuerpo de Jesús. Sabemos con toda certeza que en el siglo I hubo un grupo de hombres que salió predicando por todas partes que Jesús resucitó de los muertos, y el cristianismo tuvo el impacto que tuvo en todo el Imperio romano porque nadie pudo mostrar Su cadáver para desmentirlos.

La explicación que dieron los líderes religiosos de Israel fue que los discípulos robaron el cuerpo (Mt 28:11-15). Pero esta explicación es completamente absurda. Todos estos hombres abandonaron al Señor desde el momento del arresto y ninguno había entendido este asunto de la resurrección. Para ellos, todo había terminado cuando vieron a Cristo clavado en la cruz. ¿Tres días después se iban a enfrentar con una guardia romana para robar el cuerpo de Jesús y luego proclamar que resucitó? Eso no tiene ningún sentido. Además, todos ellos, con la posible excepción del apóstol Juan, murieron martirizados por causa de su fe. Las personas no mienten para ser ejecutadas, sino para evitar la ejecución. Por otra parte, ¿es lógico pensar que el Nuevo Testamento fue escrito por un grupo de individuos desquiciados, capaces de dar su vida por una mentira que habían inventado? ¿Y qué explicación podemos dar de la transformación de Saulo de Tarso? No olvides que este hombre se había dedicado en cuerpo y alma a perseguir a los cristianos. Sin embargo, el apóstol Pablo fue el instrumento que Dios usó no solo para llevar el evangelio a través de toda Asia y Europa, sino también para escribir la mayoría de las cartas del Nuevo Testamento. ¿Qué sucedió en la vida de este hombre? ¿Cómo ocurrió este cambio tan radical? Tuvo un encuentro con el Cristo resucitado (cp. Hch 9:3-5; 1 Co 15:8). ¿Cómo explicar también lo que el mismo Pablo nos dice, que Jesús luego de resucitar «se apareció a más de 500 hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún» (1 Co 15:6)? ¿Tuvieron todos ellos una alucinación colectiva? ¿Qué fue, entonces, lo que realmente sucedió ese domingo en la mañana, luego de la crucifixión? Eso nos lleva a nuestro tercer encabezado.

Una explicación gloriosa

«No se asusten; ustedes buscan a Jesús el Nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí; miren el lugar donde lo pusieron», les dijo el ángel a las mujeres (v. 6). Ellas escuchan así el anuncio más glorioso y extraordinario alguna vez proclamado en la historia humana: ¡El Señor resucitó! Ese es el mensaje que lo cambia todo. Nadie robó Su cuerpo, ellas

tampoco se equivocaron de tumba, como algunos han dicho para refutar la resurrección. No. **Jesús se levantó de la muerte con el poder de Dios, tal como prometió.** No había razón, entonces, para estar asustadas, sino llenas de gozo y esperanza, porque el Señor resucitó y tenían la encomienda de hacérselo saber a Sus discípulos: «Pero vayan, digan a Sus discípulos y a Pedro: “Él va delante de ustedes a Galilea; allí lo verán, tal como les dijo”» (v. 7). Me encanta ese detalle: **«a Sus discípulos y a Pedro».** ¿Por qué a Pedro? El Señor quiere hacerle saber al impetuoso de Pedro que sus días de utilidad en el reino no concluyeron cuando lo negó vergonzosamente durante la noche del arresto, porque Él es un Dios de segundas oportunidades.

Los discípulos deben ir a Galilea para encontrarse con Jesús allí. En el mismo lugar donde Cristo los llamó para que le siguieran, y donde ahora los comisionaría a llevar la noticia de Su muerte y resurrección hasta lo último de la tierra. Sin embargo, quedaría registrado en la historia que las primeras personas en anunciar esta buena noticia no serían los apóstoles, sino este grupo de mujeres piadosas dispuestas a servir a Su Señor cuando no era popular hacerlo, movidas por un amor absolutamente incondicional. No obstante, todavía nos queda algo más por observar en el relato.

Una reacción compleja pero comprensible

Marcos nos dice: «Y saliendo ellas, huyeron del sepulcro, porque un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas; y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo» (v. 8). Mateo nos cuenta en el pasaje paralelo que «alejándose a toda prisa del sepulcro con temor y gran gozo, corrieron a dar las noticias a los discípulos» (Mt 28:8). Espanto, temblor, gozo, miedo, esperanza, asombro. Todo eso sucedía al mismo tiempo en la vida emocional de estas mujeres. Esto era demasiado glorioso como para poder asimilarlo de una sola vez. El viernes en la tarde pensaban que todo había terminado, que la maldad se salió con la suya, cuando el Señor y Maestro fue condenado a morir en una cruz. Pero ahora entienden que aquello no fue el final, sino el principio. Que lo que parecía una derrota, en realidad fue la victoria más grande de Dios sobre las huestes del mal. ¡Cristo resucitó y eso lo cambia todo! Estas mujeres huyeron del sepulcro, pero con un mensaje extraordinario que comunicaron a los discípulos. Cuando Marcos dice que no dijeron nada a nadie, se refiere a que no fueron por ahí a contarle a todo el

mundo que el Señor había resucitado. Pero sabemos por el resto de los evangelios que sí comunicaron la noticia a los apóstoles como el ángel les ordenó (Lc 24:8-9).

Esta es otra evidencia incidental de la veracidad histórica de los evangelios, porque en los días del Señor se le daba poca credibilidad a las palabras de una mujer. Tanto así, que en una corte legal el testimonio de una mujer se equiparaba al de un esclavo o al de un criminal. Si esta historia hubiera sido inventada por los apóstoles, jamás habrían incluido el detalle de que las primeras en anunciar la resurrección de Jesús fue este grupo de mujeres. Pero eso fue lo que sucedió ese domingo en la mañana. Dios quiso que los apóstoles, que iban a colocar el fundamento doctrinal de la iglesia, se enteraran de la resurrección por medio de estas discípulas fieles de nuestro Salvador. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo no es una leyenda mitológica, sino el acontecimiento más grande que alguna vez haya ocurrido en la historia de la humanidad, y en el cual debemos depositar nuestra fe si queremos ser salvos. Cristo fue «entregado por causa de nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación» (Ro 4:25). Es por la resurrección de Cristo que sabemos con toda certeza que el Padre aceptó Su sacrificio sustitutivo en la cruz, de modo que ya no tenemos cuentas pendientes en Su tribunal.

Pero es también por la resurrección de Jesús que podemos saber con toda certeza que algún día nuestro cuerpo en estado de humillación será transformado conforme al cuerpo de la gloria Suya, para deleitarnos en Su presencia por los siglos de los siglos (Fil 3:21). Como citamos al comienzo: «Si hemos esperado en Cristo para esta vida solamente, somos, de todos los hombres, los más dignos de lástima» (1 Co 15:19). Por lo tanto, regocíjate si eres creyente, porque el Señor resucitó. La esperanza que tenemos en nuestro Señor traspasará el umbral de la muerte, porque la tumba no pudo retenerlo a Él y tampoco podrá retener a todos aquellos que estamos unidos a Él por la fe. En el mundo tendremos aflicción, dice el Señor (Jn 16:33). Pero sabemos también que «los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada» porque Jesús resucitó (Ro 8:18). Mientras tanto, proclamemos sin cansancio este glorioso evangelio, a tiempo y fuera de tiempo, no solo porque es una noticia

digna de ser contada, sino también porque es urgente: «En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos» (Hch 4:12). ¡Que el Señor bendiga abundantemente Su Palabra hoy, tanto en creyentes como en incrédulos, trayendo consuelo, ánimo, corrección y salvación!

Para concluir, si estás leyendo este libro pero no tienes a Cristo, no termines esta lectura sin rendirte por completo a Él como el Señor y Dueño de tu vida. Deposita en Él tu fe como Aquel que murió y resucitó para reconciliarnos con Dios. Ven a Él en arrepentimiento y fe. «Que si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación» (Ro 10:9-10).